

Elogio del libro útil



Pensamiento colombiano del siglo xx

Varios autores

Pontificia Universidad Javeriana,
Bogotá, 2007, 582 págs.

Este es un libro útil; no hay que esforzarse demasiado para advertirlo. Las razones saltan a la vista. Veinte biografías críticas de personajes importantísimos en la vida colombiana del siglo xx, de los cuales con dificultad apenas si se consiguen brevísimos datos a través de Internet. Si no de todos, de la mayor parte de ellos ni siquiera se ha publicado una biografía. En el mundo atiborrado de información de principios del siglo xxi este libro se destaca por ofrecernos, antes que nada, mucha y buena información. Y no se limita a eso. Además quiere guiarnos, de la mano de expertos, a través de esas vidas, a lo largo de unas treinta apretadas páginas para cada autor, que incluyen amplias bibliografías analíticas destinadas a ampliar el conocimiento del interesado lector. Muy bien. Se aplaude. Parece increíble, sí, pero se advierte que aún es posible publicar cosas originales en lugar de repetir hasta el cansancio lo que ya conocemos. Se perdona el exceso de datos por el mismo motivo: difícilmente se los conseguirá en otra parte.

Aquí todo es un aporte. Habría que contraponer y sumar este libro a *La filosofía en Colombia* de Rubén Sierra Mejía, uno de los colaboradores, a los libros de Gonzalo Cataño y, por supuesto, a los varios volúmenes sobre el pensamiento político colombiano, de Jaime Jaramillo Uribe.

He tenido que retenerme para realizar esta reseña y cortar y cortar porque se podría hacer una sobre cada uno de los biografiados. Me limitaré a consideraciones de conjunto y apenas, pues, haré una breve referencia a algunos de ellos. Supuestamente los autores quieren relevar la "acción simbólica" de cada biografiado, más que sus logros in-

dividuales. Supongo que no se referirán al prestigio, porque tendríamos que objetar que de los aquí mencionados, en el umbral del nuevo siglo los colombianos en general apenas si habrán oído mencionar a Luis Carlos Galán, al cura Camilo y, muy por debajo, me suena, me suena, a Gonzalo Arango y a Vargas Vila. Veamos el listado: dos educadores: monseñor Carrasquilla y don Agustín Nieto Caballero; cuatro dirigentes de la izquierda: Antonio García Nossa, Camilo Torres Restrepo, Gerardo Molina, Indalecio Liévano Aguirre; un sindicalista: Ignacio Torres Giraldo; un liberal: Luis Carlos Galán; un líder indígena: Manuel Quintín Lame; ocho escritores e ideólogos: Baldomero Sanín Cano, Carlos Arturo Torres, Estanislao Zuleta, Gonzalo Arango, Jorge Gaitán Durán, José María Vargas Vila, Luis López de Mesa, Nicolás Gómez Dávila; un geógrafo: Ernesto Guehl; una antropóloga: doña Virginia Gutiérrez de Pineda; una crítica de arte: Marta Traba, en la decisión más polémica seguramente y no sólo porque no fuera colombiana de nacimiento, puesto que su influencia en el país está fuera de toda duda. Echamos de menos, por ejemplo, a un arquitecto, a un pintor, a un escultor. Al menos en este volumen, tampoco están los grandes adalides del periodismo: Alfonso Villegas Restrepo, Eduardo Santos, Calibán, Germán Arciniegas, Hernando Téllez, Abelardo Forero Benavides...

Aunque declara de manera expresa que no es así, este libro parte de nuevo del supuesto absolutamente errado de que los pensadores de un país son sus políticos. Aunque en un país que piensa por los periódicos cabe preguntarse hasta qué punto el pensamiento de ese país sí es el de sus políticos. De los veinte biografiados, al menos la mitad tuvo alguna vez injerencia en la política partidista del país. También fue un país de polémicas intelectuales o pseudointelectuales.

Se ha dicho que la Edad Antigua no permitía la neutralidad y que ésta habría sido una conquista de la mo-

dernidad. Pero el siglo xx colombiano parece haber sido uno que tampoco admitió la neutralidad. Es fácil: la elección es entre la extrema derecha y la extrema izquierda. Casi todos los personajes son fácilmente adscribibles a uno de los dos grupos. El panorama, entonces, es el de una perfecta colonización intelectual con una lucha entre los dos extremos: conservatismo a ultranza (Franco, Mussolini) y refritos de la izquierda (Lenin, Trotsky, Stalin) y un lamentable vacío en el centro o, para decirlo mejor, en esquemas que eludan los tópicos políticos de moda durante todo el siglo. Cada uno de los contradictores piensa de buena fe que los otros son bobos o retrógrados o que protegían sus propios intereses, o agitadores profesionales, y tal vez tenían razón ambos.



Es escalofriante igualmente el nivel de violencia en el que a veces se movió la discusión, especialmente a mediados de siglo. Da la impresión que en un momento tanto los intelectuales de la derecha como los de la izquierda, si hubieran podido "asesinar" legítimamente a sus opositores, lo hubieran hecho sin pensarlo mucho. A veces parece más un desfile de idiotas útiles que repite consignas que de individuos que en verdad piensan por sí mismos, como Sanín Cano, cuando durante más de la mitad del siglo el país estuvo go-

bernado (en lo político y económico) por ideas liberales de centro, que oscilaron según las vicisitudes ora a la izquierda, ora a la derecha, como un péndulo. En ese sentido es lamentable la ausencia de Esteban Jaramillo, ese economista conservador que sacaba a todos los gobiernos de problemas, fuesen de la política que fuesen.



La única diferencia es que hay innumerables textos en los cuales los unos rebaten el pensamiento conservador mientras que el pensamiento de los otros ha sido rebatido por la realidad y ahora aparecen más rancios que los primeros. Gómez Dávila, es el caso, combatía con el desprecio olímpico. Su mundo era el de la inmensa minoría. No intentó convencer a nadie ni llevar a la práctica su país ideal, al que creía irremediamente perdido en manos de la chusma.

Menos mal los editores profesan una cosa y aplican otra. Porque tras esgrimir los nombres de Foucault, Bourdieu o Habermas, a los que podríamos agregar muchos más, nos quieren aplicar la moda que indica que en la historia de las ideas cuentan menos los nombres individuales que los dispositivos sociales e institucionales que producen el pensamiento. Eso, digo yo, profundo individualista, está por verse y sólo el tiempo lo dirá. Me gustaría oponerles una frase del primero de los

biografiados, don Agustín Nieto Caballero: "La verdadera autoridad no se decreta: emana de la persona, es esencialmente individual, es como si dijéramos un crédito intransmisible. No hay diploma que la confiera, no hay fuerza que la imponga, a menos que se entienda como un yugo, como una dictadura" (pág. 17).

Desde la primera biografía crítica, surge la polémica y empiezan a echarse de menos nombres como los de don Tomás Rueda Vargas, sus hijos los Rueda Arciniegas, Eduardo Caballero Calderón, Gonzalo Mallarino, alumnos y profesores del Gimnasio Moderno durante muchos años y figuras importantísimas en la historia del pensamiento colombiano. Pero aceptemos que don Agustín Nieto los representa cabalmente a todos ellos. No muchos colombianos saben que don Agustín fue el fundador del Moderno. Menos aún saben que escribió siete libros. No muchos saben tampoco qué es el Gimnasio Moderno... A mi modo de ver, desde el punto de vista intelectual y de su influencia en la vida del país y como ideólogo del liberalismo colombiano fue mucho más importante su hermano Luis Eduardo (LENC). En los libros de don Agustín no deja de haber mucha ortodoxia conservadora y lugares comunes. Su verdadero aporte fue el de enseñarnos a interpretar y a traducir el pensamiento extranjero y a adecuarlo a nuestras necesidades. Antes de don Agustín, dice Humberto Quiceno, lo que existía en Colombia como pedagogía era el modo dogmático de la Iglesia católica. Ello nos lleva naturalmente a hablar del biografiado que tiene más relación con este tema, don Baldomero Sanín Cano, presentado aquí por Rubén Sierra, quien habría sido el responsable en sus escritos de echar abajo esa ortodoxia católica y latina que no permitía pensar y que nos llegó de don Marcelino Menéndez y Pelayo a través de don Miguel Antonio Caro. Dice Sierra: "Sospechaba de los estudios sistemáticos en la investigación histórica, pues ob-

servaba que cuando se aspiraba a ellos era necesario violentar los hechos para hacerlos coincidir con los propósitos" (pág. 73). Resalta su muy conocida adicción intelectual a Georg Brandes pero intenta reivindicar aquella en la que menos se ha ahondado: la de Nietzsche. Sanín Cano quiso hacer entrar en nuestro pensamiento a las culturas sajona y germana, con un éxito tardío que empezó a verse en la segunda mitad del siglo.

Jorge Gaitán Durán, presentado por David Jiménez, fue nuestro Camus, algo que no pasa del todo inadvertido al biógrafo; con el añadido de toda la presencia del grupo de la revista Mito y su idea de una unidad conceptual entre socialismo y humanismo, a través de su libro *La revolución invisible*. Nicolás Gómez Dávila, presentado por Juan Fernando Mejía, es probablemente el gran pensador conservador del siglo. En un Laureano Gómez, las ideas podían ser ultrajantes. En Gómez Dávila son apenas despectivas. Individualista a ultranza, despreciaba todo espíritu de sistema. Es más. El sistema es para él síntoma de modernidad y por ende de putrefacción del espíritu.



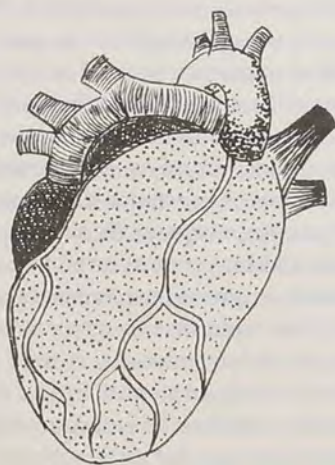
200502

Los estudios sobre Vargas Vila y sobre Nicolás Gómez Dávila muestran dos figuras muy apartadas en el tiempo y en sus ideas, que sin em-

bargo han crecido prodigiosamente en la imagen de los intelectuales en los últimos años. Hasta los setenta, lo normal era ver que se hablara de Vargas Vila en tono despectivo y peyorativo. En los últimos años hemos descubierto un autor de gran peso que estaba perdido y disperso en un mar de estiércol y también que su inmensa fama no era del todo gratuita ni debida al escándalo. Esto lo anota muy bien Juan Carlos González, quien por lo demás añade que un estudio juicioso del autor nos revelaría muchas claves de lo que fue la relación entre Europa y América Latina a la vuelta del siglo.

Óscar Guardiola hace el mejor y más minucioso análisis que he visto del programa de un político que creía en la democracia local y cotidiana, Luis Carlos Galán. Carlos Uribe nos presenta a Luis López de Mesa y parece dejarse contaminar por momentos por la oscuridad conceptual y gramatical del biografiado. Entre las cosas que conozco, me sorprende la ausencia en la bibliografía sobre el líder indígena Manuel Quintín Lame, el trabajo de María Teresa Herrán. De algún modo, el sucesor de Quintín Lame en las luchas indígenas fue Antonio García Nossa, un personaje que aún goza de gran prestigio en los medios intelectuales de la izquierda. Como la mayor parte de los colombianos, era hijo de un español y de una campesina boyacense, sólo que de español recién llegado. Su vida entera fue una lucha por conciliar los dos opuestos de su sangre. Ahora bien, García forma parte de ese grupo de pensadores latinoamericanos "que buscó la elaboración de una teoría sociológica de Latinoamérica, independiente de los patrones de pensamiento europeos y norteamericanos" (pág. 51), dice Juan Carlos Villamizar, el biógrafo, aunque a veces analiza sobre todo su política, la parte más deleznable de un pensamiento. A veces da la impresión de haber terminado como idiota útil de Rojas Pinilla, tanto que Lleras Restrepo indicaba después que las ideas de García habían sido fundamentales para la caída del general.

El Camilo Torres de Walter J. Broderick advierte que el verdadero problema colombiano era la exclusión que lleva a diálogos de sordos. Para ser un ideólogo de la guerrilla, sorprende que a un interlocutor le aconseje que se asesore "de un técnico, de un libro, o por lo menos de un diccionario". ¿Habría sido capaz Camilo de enfrentar el momento de hoy, en el que muy acertadamente Antanas Mockus resalta que el primer paso para cualquier diálogo es conseguir traductores que entiendan el lenguaje que hablan los dos bandos? ¿Habría sido él ese traductor?



Se comprende bastante menos la presencia entre los veinte personajes del sindicalista Ignacio Torres Giraldo. En el ensayo acaso más iluminador de la serie, personalmente me agrada la inesperada biografía de Indalecio Liévano Aguirre, una de las inteligencias más poderosas de la izquierda moderada o del liberalismo radical, como se quiera. Liévano es quizá el mejor ejemplo de convicciones de izquierda que se suavizan al contacto con el revisionismo histórico y con el poder real. Era un gran historiador. Sus biografías de Bolívar y de Rafael Núñez así lo demuestran. Y aunque hombre de izquierda, reivindicaba uno de los baluartes del conservatismo: la hispanidad. Pero el libro clave que analiza Mauricio Archila es el más importante de los suyos: *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia*. El conflicto básico, dice Archila, es para Liévano no

entre nativos e invasores, sino entre despiadados colonizadores y nobles defensores de los indios.

Dario Acevedo nos presenta a Gerardo Molina. *Las ideas liberales en Colombia* se ha convertido en texto imprescindible en la universidad, tanto que lleva ya más de dieciséis ediciones. Al lado del libro de Nieto Arteta, *Economía y cultura en la historia de Colombia*, otro favorito de la universidad, aparecieron como los primeros textos colombianos que contemplaban el pasado desde un enfoque "social y problematizador". Era efusivo y entusiasta. La magia de Molina, como la de Sanín Cano, está en su lenguaje sencillo, accesible a todos. Fue, aisladamente, un comunista que pasó a la historia por pregonar la no violencia. "Era un convencido de que en la medida en que el Estado saldara la deuda social con el pueblo llano, la violencia perdería toda razón de ser" (pág. 188).

Carlos Arturo Torres, presentado por Javier Ocampo, pertenece más al siglo XIX que al XX, pero su verdadero aporte al siglo naciente fue de "tesis positivistas y eclécticas, que influyeron en su moderación política y en la crítica a la situación anárquica nacional en los años de las guerras civiles" (pág. 120). El ensayo sobre Estanislao Zuleta, de Alberto Valencia, trae a colación una de las ideas de Zuleta que más me gustan: los hombres, a diferencia de los gorrones, no nacen libres e iguales. El único sentido de la palabra igualdad es que las diferencias que existan no se conviertan en pretextos de dominación.

Diego Pineda podría haber presentado a Gonzalo Arango, y de hecho lo hace en parte, a través de sus innumerables frases célebres que ya forman parte del decorado de lo que fue la Colombia de los sesenta y en particular del nadaísmo... "Toda mi gloria está por vivir, y toda mi mujer por acariciar". Sus valores: "un estilo muy personal para decir las cosas, caracterizado por un alto grado de irreverencia, una preocupación auténtica por el destino de la nación y una afirmación constante de la vida como valor primero, en con-

tra de toda institución y de toda secta" (pág. 199). La verdad es que nadie sabe qué era el nadaísmo, aparte de la referencia anárquica de su nombre, porque como dice el presentador, siempre se afirmó por sus negaciones más que por sus afirmaciones. De la fuerza de estas ideas dice mucho que lo que empezó tratando de socavar las instituciones no dejó con los años más que unos cuantos lagartos de coctel.

Aunque me parezca fascinante la figura del profesor Ernesto Guhl, no creo que su obra haya tenido mayor influencia en el pensamiento nacional. Personaje para eruditos, especializado en ciencias que apenas sí existían en Colombia, puede aparejarse en el ámbito literario con el de don Ernesto Volkening o en el antropológico con el de Gerardo Reichel-Dolmatoff, estudiosos europeos de gran relieve exiliados por el destino en nuestro país. Un geógrafo humanista es un personaje conmovedor y, ojalá, útil. La falta de cambio en el paisaje cultural es uno de los grandes problemas colombianos, dice en una entrevista. "No hay más destino sobre la tierra que aquel que el mismo hombre se da". Su otro aporte importante es aclarar que las causas del deterioro del medio ambiente son problema de las ciencias sociales.



Y si en este libro está doña Virginia Gutiérrez de Pineda, espero que no se olviden de Luis Duque Gómez, a quien le debemos los colombianos casi todo lo que sabemos de la cultura agustiniana. A la muerte de Marta Traba en el famoso accidente del Jumbo de Avianca en Barajas en

diciembre de 1983, los que éramos muy jóvenes echamos de menos a su esposo, el crítico Ángel Rama, más que a Marta Traba. Yo, personalmente, descansé de su voz chillona, desagradablemente aguda, de su dogmatismo trasnochado y de su crítica absolutamente destructiva. Aunque sus conceptos sobre arte son muy liberales y opuestos en un todo al arte "comunista" y comprometido. Y como Marta Traba no puede escribir sobre Beatriz González, Beatriz González escribe ahora sobre Marta Traba.

A algunos autores se les sale la forma universitaria, tan árida y floja en el terreno de la amenidad. Por supuesto hay biografías de mayor calidad que otras, pero el resultado general, bastante parejo, habla bien del cuidado de los editores en la elección de los autores y en el trabajo de los textos, no tanto en la parte puramente mecánica de la edición, en la cual hay errores en el tamaño de la letra, que indican erróneamente que se trata de una cita y no del cuerpo del trabajo del autor, así como en algunos subtítulos mal puestos y, sobre todo, en citas con la referencia no del todo correcta, aparte de un sistema de referencias bastante complicado, basado en el año de publicación.

Un gran número uno a la derecha del título, escondido en el reborde, podría ser parte del título y significar que éste es apenas el primero de varios tomos sobre el mismo tema. Así lo espero. A mí personalmente se me quedan muchos nombres en el tintero, tan valiosos o más que los aquí reseñados. Al parecer, según el prólogo, éste es apenas el primero de cinco volúmenes sobre cien personajes que ya estarían escogidos. Eso querría decir, aunque tampoco esto es explícito, que los primeros veinte son una muestra escogida al azar entre los cien. Si ello es así, sólo resta agregar: ojalá no se queden en el primer volumen.

Otra constatación sorprendente. Creo, y tengo motivos para creerlo, que los jesuitas ya ni se dan cuenta de lo que patrocinan y prohíjan. Mejor que sea así. En este libro no hay cen-

sura por ninguna parte. La Javeriana, recinto tradicional del pensamiento conservador, alberga con comodidad a contradictores que hubieran provocado expulsiones y polémicas cincuenta años atrás... El libre pensamiento se les coló por la puerta de atrás y se está viviendo dentro de sus claustros universitarios.

LUIS H. ARISTIZÁBAL



Nuestra pobre historiografía sobre la educación

Legitimidad y cultura. Educación y cultura política en los Estados Unidos de Colombia, 1863-1886

Jorge Enrique González

Universidad Nacional de Colombia,
Facultad de Ciencias Humanas,
Bogotá, 2005, 262 págs.

Después del libro, ya lejano y clásico, de Jane Rausch acerca de la reforma escolar liberal de 1870, cuya primera edición data de 1967 (cuando la autora ni siquiera se llamaba Jane Rausch), el panorama de la historiografía de la educación en Colombia durante el siglo XIX es bastante raquítico. Por eso, es alentador encontrar en los investigadores actuales estudios en que se ha escudriñado de nuevo ese tema. Es curioso cómo un país que no ha logrado resolver problemas básicos de cobertura en la educación pública, que no logró consolidar la escuela como mecanismo de formación de ciudadanos y de unidad nacional o que convirtió la profesión de maestro de escuela en algo desprovisto de trascendencia, no haya hecho una reflexión juiciosa acerca de los problemas de construcción de un sistema nacional de educación primaria desde los principios de la formación del estado republicano.

Con la esperanza de encontrarnos con un libro innovador y sugestivo sobre un asunto que parecía desahu-